

Jícaras, resina y juego de pelota

Oswaldo Granda

Raxa tzel, llaman los mayas en el Popol vuh a su gran jícara azul, al firmamento, a esa inmensa noche que los contenía en forma de cielo. Además de éste libro sagrado otros textos indígenas y varios códices mencionan el uso y relación mítica entre resina y jícara, elementos que permanecerán en el transcurso del tiempo fundamentando la artesanía que hoy conocemos como Maque.

En los tiempos de la creación primigenia, cuando los creadores y formadores deshicieron la primera hechura del hombre por considerarlo carente de virtudes; convocaron los adivinos para que a su vez ellos trajeran a Toltecat; el maestro de los hacedores de las cosas, el que hacía joyas y era escultor, tallador, platero y el primer conocedor de los usos de la resina. Le llamaban el "Señor de los hermosos platos, el Señor de la verde Jícara, el maestro de la Resina".

Cuando decidieron aniquilar la segunda generación de hombres, por no acordarse jamás de resarle al Corazón del Cielo, a su Hacedor, fueron destruidos mediante una tenaz lluvia de resina.

El Popol vuh documenta muy bien la estrecha relación entre el juego de pelota y la jícara, es decir entre la resina como materia prima de la pelota del juego ritual y la jícara sagrada también usada durante sus sacrificios. Entre los Purépecha el Sol es el gran jugador de pelota, pero además la misma pelota de resina que simboliza el sol, camina por el cielo golpeado por los dioses mayores. Apantzieeri se denomina el sol en lengua purépecha, es decir "jugador de pelota", así se pre-

senta la relación solar de la resina en la cosmovisión de los indígenas que antes reinaron en Uruapan, Tzintzunzan y Pátzcuaro.

En el relato del Popol-vuh, el juego de pelota de los tiempos primordiales contiene otros elementos: Los nietos de Ixmucane fueron llevados al Xibalba y allí los señores que reinaban los vencieron y dieron muerte. A Hun Hunahpú lo sacrificaron cortándole la cabeza, pero cuando fueron a depositarla en las ramas de un árbol que nunca había dado frutos, la cabeza de Hun Hunahpú obra el prodigio de hacer resurgir las hojas y lo llena de frutos; los señores de Xibalba no pueden distinguir la cabeza y lo dejan allí. Prohiben que cualquier persona se acerque a este árbol que no es otro que la jícara.

“La cabeza de Hun-Hunahpú no volvió a aparecer, porque se había vuelto, la misma cosa del árbol que se llama jícara”.

La princesa Ixquic, hija de Cuchumaquic, escucha alguna vez la historia del origen de este árbol y entra en deseos de conocerlo. Va donde está el jícara y allí la calavera de Hun Hunahpú le habla, le habla y le lanza su saliva a través de la cual le da su descendencia; así Ixquic concibe a Ixhunahpú e Ixbalanque.

En el lenguaje igualmente simbólico del libro de Chilam Balam se nombra la rosa roja, como la jícara de la gran abeja roja. Luego se dice que al multiplicarse los primeros hombres llamados hijos de las abejas, tuvieron su colmenar y su jícara en Cuzamel: El corazón de la tierra.

El Chilam Balam también es claro cuando presenta al sol como un personaje que aparece llevando una jícara, tal como lo hacen los sacerdotes que aparecerán pintados en la relación de Michoacán.

“Y así es como se ve en toda la extensión del país la marcha del sol. Coge para caminar una verdadera jícara alargada y entra a ella por la parte más grande, que es la orilla de la tierra. Así es el Kanlay del Sol, como se sabe aquí en esta tierra”.

La resina en el Popol vuh, como en el Chilam Balam se hace presente en contextos sagrados, especialmente para invocar a los dioses. En el Popol vuh la abuela que lloraba a sus nietos frente a las cañas que ellos habían dejado sembradas en el centro de la casa, y que ya había visto secarse y de nuevo retoñar dos veces, decidió encender fuego y

quema frente a ellas un poco de copal, esto hizo en memoria de Ixhunahpú e Ixbalanqué, las cañas retoñaron nuevamente.

La figura del sacerdote se presenta una jícara a la espalda, como deidad protectora, tal como lo harán los sacerdotes Purépecha que aparecen en las pinturas de la relación de Michoacán, y así se devela la relación astral de la resina, en particular del Copal, refrendado lo simbólico de la segunda generación de hombres.

En el Chilam Balam se afirma además, que el ofrecer mantas perfumadas y sahumadas en resinas, es otra de las acciones que debe procurar el que desee llamarse verdadero hombre.

Tanto resina como jícara se convierten en dos elementos que permiten ofrendar ante sus dioses en distintas celebraciones, especialmente en los ritos petitorios de agua y en sus incursiones guerreras. En el códice de Yanh Uitlan puede leerse lo siguiente:

“...Cuando no llovía este testigo sacaba su ídolo y lo ponía delante de sí con mucha reverencia, el cual ídolo era de piedra; luego este testigo se ponía en cuclillas delante del ídolo y le ofrecía copal, plumas, sangre, y decía que se doliese, que los maceguals tenían hambre, que pues era dios del agua que lloviese, que él le prometía de sacrificarle palomas, codornices, perros, papagayos de los grandes y alguna persona conforme la intensión que este testigo tenía y tomaba agua en una jícara y derramábala hacia arriba encima de lo que tenía ofrecido al ídolo...”

Fray Toribio de Benavente autor de “Historia de los indios de nueva España”, ratifica las ofrendas de resinas en el culto al agua cuando escribe:

“Tenían así mismo ídolos cerca del agua, mayormente en par de las fuentes, adonde hacían sus altares con sus gradas cubiertos, y en muchas principales fuentes de mucha agua tenían cuatro de estos altares puestos en cruz unos en frente de otros, la fuente en medio, y allí en el agua ponían mucho copalli, y papel, y rosas; y algunos devotos del agua se sacrificaban allí...”

En el códice vaticanus, los nueve dioses que están representados toman pulque en sendas jícaras. Similar a lo relatado en el Popol vuh,

cuando la princesa Ixquic engaña a su padre haciendo que sus sirvientes le lleven una jícara con sangre del árbol de grana en vez de su corazón que era lo que él había ordenado, se encuentra una escena en el códice Nuttlatl en cuyo folio tercero se ve una diosa decapitada que lleva en sus manos dos jícaras con ofrendas, frente a ella tres sacrificadores más llevan jícaras y pedernales en las manos.

La jícara es parte importante del ritual de sacrificio humano y en rituales de ofrendas votivas, con lo cual pasa a ser parte del ajuar real. En "la jícara de cacao" se hacía tomar a los cautivos destinados al sacrificio y en ellas tomaban su sangre los sacerdotes y señores.

Pero los antiguos Mayas, Nahuas, Purépechas y Aztecas, entre otros, no ofrecían a sus dioses únicamente copal, también quemaban frente a sus imágenes, bastante leña y hule, varios códices religiosos, tienen ilustraciones al respecto. El códice de yanul Itlan muestra un sacerdote tomando una pelota y lanzándola a dar botes antes de quemarla y untar con su resina a la deidad. La pelota de hule humeante constata su carácter eminentemente espiritual y divino, constante que se difunde en una gran extensión de la geografía mexicana prehispánica.

Las resinas, como ha podido verse, fueron productos de alto significado espiritual para los mesoamericanos, de ahí su ponderado y privilegiado uso, existieron sin embargo localidades que al parecer la utilizaban con más preponderancia, como ocurrió en el obispado de Tlaxcala en donde varios cronistas coinciden en anotar que se cosechaba en el mes de noviembre en gran cantidad el anime o resina de copal. Del árbol llamado Xochicotzoquahuitl se extraía una resina muy olorosa que los españoles llamaron el liquidámbar, del Copalquahuitl se sacaba el copal, resina blanca y transparente muy propia de las regiones de Huastepeque y Yautepeque, en fin, además de estos árboles se mencionan muchos otros que secretaban resinas utilizadas en los sahumeros y en la medicina, entre los cuales cito el Ocotzol, el Tlatlühquitlatzcan y el Tlahuelilo-caquahuitl que menciona el historiador Clavijero como el árbol de la malignidad usado para prevenir los hechizos; el Tzinacancuitlaquahuitl del que se extraía una resina más brillante equiparable a la laca, el Olquahuitl del que se sacaba el Hule, y también resinas de origen animal como la que se extrae del mosquito Aje, que proporciona la materia prima que aún hoy sirve a las artesanas de Uruapan para decorar sus bateas.

Sin embargo es en la relación de Michoacán (1541) en donde con mayor exactitud y claridad se registra el sentido ritual y mito, y las características con las que aparecen en el mundo prehispánico la resina y la jícara.

En la lámina XXXI aparece un sacerdote sentado en el interior del templo, portando a su espalda la jícara sagrada, mientras que con sus manos está quemando una pelota de resina, seguramente extraída de las que debía llevar como carga, así se iniciaba el rito anual de carácter bélico que practicaron los Purépecha.

Como hemos visto, la jícara que aparecen llevando los sacerdotes en su espalda, servía de contenedor de las bolitas de resina con que hacían sahumeros a su dios, y con las que partían a la guerra y utilizaban en sus hechizos para lograr vencer a sus enemigos. Estas jícaras en las pinturas de la relación aparecen con orificios, atravesadas ciertas telas y también pintadas con motivos sencillos.

El ofrecimiento de sahumeros con resinas fue una costumbre totalmente difundida en el México antiguo, Bernal Díaz del Castillo da cuenta como ellos fueron varias veces sahumados por los indígenas que así los instaban a descubrir si realmente eran hombres o eran dioses, y para en caso de que fueran lo primero, pudieran vencerlos y matarlos.

La jícara y la resina en forma de pelotitas simbolizan el poder del sacerdote junto con su lanza engastonada, las portaban siempre. Aparece como ejemplo en la lámina XXXVI de la relación de Michoacán un sacerdote llevando su jícara y dando posesión de tierra a un señor.

El sacerdote mayor también llamado Petámuti por las pinturas de la relación parece distinguirse por llevar una jícara mejor pintada y más vistosa, en la lámina XI de la segunda parte se lo ve dirigiendo el sacrificio de varios prisioneros, acompañado de algunos principales que están fumando pipa, el Petámuti es sin duda, el único que puede llevar esas jícaras o calabazas engastonadas en turquesas de las que habla la relación.

Los Purépecha se distinguieron por ser unos grandes artesanos, se organizaban en gremios y cada gremio a su vez tenía un maestro o supervisor, a este oficial, en la relación de Michoacán, escrita en 1541 se lo llama Diputado, como se verá en el siguiente párrafo:

“Había otro diputado sobre todo los que pintan Xicales llamado Urani-Atari, el cual hay todavía.
Otro sobre todos los pintores llamado Chunico.
Otro diputado sobre todos los olleros.
Otro sobre los que hacen jarros y platos y escudillas, llamado Hucátziqua-Uri”.

La importancia de las jícaras tal como nos la presenta la relación de Michoacán, puede comprenderse mejor en pueblos indígenas que como los Huicholes, conservan en buena medida el sentido de sus tradiciones.

Los chamanes Huicholes llevan como parte de su vestimenta, las que ellos llaman jícaras de tabaco, o bules de tabaco. Durante la preparación de la fiesta de Hi'kuli, las jícaras se dedican al abuelo fuego. Estos bules según contaron varios indígenas al antropólogo Lumholtz se ven como si fueran serpientes mensajeras del fuego.

Como en el Popol vuh, en la mitología Huichol, el mundo primigenio tiene la forma de bule, en ese sentido el chamán es el cuidador del mundo, sentido parecido como vemos, al que dan los Purépecha cuando sus sacerdotes llevando una jícara alargada en la espalda quieren simbolizar que cargan el mundo con el peso de toda la gente.

Los Huicholes utilizaban jícaras pintadas con colorantes y semillas de Wa've. Se trataba de pequeños contenedores de hasta 12 y 15 cms de diámetro y de hasta 5 cms de hondos, se ornamentaban además de sus pinturas con “cuentas de vidrio, adheridas por medio de cera de abejas, que conforman figuras simbólicas en el interior del recipiente y, en ocasiones excepcionales también en la parte de afuera”. La capa de cera a veces es muy gruesa, conformando formas de bajorrelieve. Se comprenderá como antes en efecto, se utilizaron al decir de los cronistas y códices indígenas, jícaras engastonadas en turquesas.

Antes de ofrendarlas, los Huicholes se untan con sangre. Al parecer las jícaras permiten beber al ídolo las oraciones de los hombres. Lumholtz estudiando esta situación, además escribe:

“La Jícara votiva apareció por primera vez en la cabeza de la gacela. El hermano mayor, Kauyuma'li, quien enseñó a los ancestros la manera de obtener favores de los dioses, les mostró cómo adornar las jícaras con fines ceremoniales. Con relación

a esta deidad, los cuencos votivos se mencionan con frecuencia en la mitología. El y otros dioses dieron forma al mundo con la ayuda de cuencos votivos y flechas ceremoniales. Para obtener la sangre necesaria para ungir el cuenco votivo, los hacedores del mundo tuvieron que matar una gacela, que en realidad era una mujer, con lo cual ofendieron a los habitantes del inframundo. Durante la batalla que sobrevino a consecuencia de esto, Kauyuma'li arrebató a sus contrincantes su cuenco votivo, que contenía hi'kuli".

Los Lacandones, también de origen mayanese, son uno de los grupos que por su aislamiento lograron mantener sus tradiciones durante más tiempo. Según las informaciones del etnógrafo Alfonso Villa Rojas, 16 recuerdan como ellos ofrecían rezos y ofrendas de copal a sus dioses, personificados en unas vasijas que tenían modelados rostros, y que ellos llamaban "cantaros-dioses". Dentro de los instrumentos que utilizaron en las ceremonias, además de caracoles y chirimías, están unas maracas o sonajeras hechas de jícaras redondas. Estas ceremonias incluyen oraciones como la que el Padre hace en favor de su hijo, en la cual no se olvida de señalar las distintas ofrendas que le hará, si el señor lo protege:

"No lo lastimes al dejar que lo muerda la culebra. No lo lastimes causándole la muerte.

Mi niño está jugando. Cuando sea mayor
te hará tu ofrenda de pozol.
te hará tu ofrenda de copal".

Curiosamente la práctica de los Lacandones concuerda mucho con lo ya descrito en los códices y en las crónicas tempranas, sobre la forma de ofrenda a sus dioses por parte de los Mayas. Los incensarios Lacandones a veces son considerados como los mismos dioses, Kur les llaman.

Los Lacandones al parecer ofrecían con mayor insistencia la ofrenda de copal al dios del fuego, por distintas razones adorado casi que clandestinamente en sitios como cuevas, en las que depositaban ofrendas de víveres, huesos humanos, braceros, "tabla de copal" cucharas de madera y copal. 20 En los caribal o templos de los pueblos lacandones se realizaban hasta hace poco tiempo ceremonias sagradas. Para tal fin se tenía un pequeño adorativo y se disponían de varios elementos rituales, se utilizaban los incensarios (rostros de

dioses), los tambores, el caracol, la flauta y la sonaja. También se ubicaban en el adoratorio, el chem, para recibir el vino, las jícaras para poner el blaché, y las tablillas para ofrecer peloticas de copal. Georgette Soustelle, dice refiriéndose a las jícaras, que son ellas las únicas que se trabajan con adornos consistentes en incisiones que se hacen al borde externo de las jícaras, formando "Siluetas humanas muy estilizadas, representaciones del sol, compuestas de un círculo y líneas alrededor..."

Los Tuxtlecos han tomado varias precauciones para mantener sus cultos antiguos, a pesar de que por distintos medios se ha tratado de disuadirlos, clandestinamente siguen practicándolos de acuerdo a sus tradiciones. Durante la celebración de la Purísima Concepción, festividad católica del 8 de diciembre, ellos llevan a cabo su fiesta de la siembra.

El día 8 de diciembre, en la casa del fiestero, se construye un "templo" o cabaña con hoja de plátano, en el cuarto principal del dueño de casa está un pequeño altar con varias jícaras que contienen semillas de maíz y calabaza, frente a él forman parejas hombres y mujeres. Dolores Aramoni describe el ritual:

"Con velas encendidas en las manos, estas mujeres avanzan para recibir cada una de su jícara y van saliendo hacia la cabaña del patio, una vez entran todas, se cierra la puerta. Mientras tanto, los hombres rodean la cabaña y una vez que las mujeres empiezan a sembrar en hileras, a manera de surcos, ellos comienzan a arrojar jícaras de agua sobre el hecho para que el goteo simule la lluvia; continúan arrojando agua hasta que se siembra la última semilla; entonces se abre la puerta y los hombres terminan de empapar a las mujeres cuando éstas van saliendo".

De esta manera hemos visto como jícara y resina, ostentan una importancia ritual y sagrada vertida de la mitología. Destácanse claro está, con todo el simbolismo que conllevan, entre los pueblos Aztecas, Mayas y Purépecha, y como está manifiesta su importancia un tanto parte vital de los ritos contemporáneos de varios pueblos de origen maya. ◆